LOS TOROS DE GUISANDO, por María Lara Martínez, Historiadora y Escritora



En los campos de El Tiemblo los morlacos pacen inertes pero su bri[illegible] en duelo a la rigidez natural de la piedra. Humillan y casi patean a punto de esparcir la arena por el tendido imaginario de una nube de oro. Son los toros de Guisando, cuatro esculturas que, costado contra costado, miran hacia poniente dejando a sus espaldas el arroyo Tórtolas, la frontera natural entre Castilla y León y Madrid. Dicen en el argot taurino que no hay quinto malo, en este caso la excepción confirma la regla pues los restos de la última res quedaron

confundidos, en el siglo XV, con el roquedo del cerro.

Entre los siglos II y I a.C., antes de la conquista romana, el pueblo vetón desarrolló este grupo escultórico de fama universal. En el Alto Imperio, Ptolomeo ofrecía el nombre de 11 ciudades de esta filiación que, en la actualidad, se hallarían esparcidas por los eriales y sembraduras de Ávila, Cáceres, Salamanca, Zamora, Toledo y la región portuguesa de Trás-os-Montes.

La geografía condiciona el modo de vida de toda civilización y, en las tierras abulenses, los novillos podían encontrar buenos prados, pastizales abundantes y límpidas fuentes. Desde el siglo V a.C., cuando se inicia el horizonte de esta cultura asociada con la Edad del Hierro hispánico, la construcción de murallas denota un incremento de la riqueza y de los recursos de la comunidad, pues es de suponer que si los vetones dedicaban tantas horas de trabajo a la edificación en detrimento de las tareas productivas

era, en primer lugar, porque tenían que garantizar la defensa de los bienes y, en segundo, porque poseían las fuerzas humanas suficientes para atender los dos frentes, el de la guerra y el de la retaguardia. Además de los castros o poblaciones fortificadas, como los de las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) y Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca), los vetones disponían de chozos donde se guarecían los pastores con los rebaños, prueba arqueológica que atestigua la vocación ganadera de esta facción celta.

A comienzos de la era cristiana, Plinio el Viejo nos da noticia de que, entre los lusitanos, se criaba una raza de caballos tan veloces que pronto se gestó la leyenda de que las yeguas eran fecundadas por el viento Céfiro. Estos equinos debieron de competir en reputación con los vetones pues, en las sociedades del entorno de Guisando, el caballo jugó un papel preponderante tal como sugiere Apiano, a propósito de la célebre ala vetona.



Toros de Guisando

La estructura social de este pueblo prerromano era piramidal: en la cúspide se situaba la élite militar que se distinguía por el uso del caballo y de las armas de lujo, tras ellos se encontraba la base guerrera, con una panoplia más sencilla, y en la base, una masa de gente humilde dedicada a la artesanía, al comercio, a la agricultura y a la ganadería. Esta última era una de las actividades económicas de mayor relevancia, con sus variantes de bovino, porcino, ovino y caprino.

Los verracos graníticos se hallan diseminados por toda la Vetonia. Los toros y los cerdos, e incluso los jabalíes, pudieron ser hitos conmemorativos de victorias y también es posible que estén impregnados de un profundo significado de magia simpática con fines propiciatorios que enlazaría su

funcionalidad estético-religiosa con la de los bisontes prehistóricos de Altamira. Del mismo modo, se ha apuntado su vinculación con los usos funerarios de las élites vetonas- acostumbradas a practicar la cremación de los cadáveres- ya que en Martiherrero (Ávila) vemos estas esculturas asociadas a losas, a modo de tapa de la tumba.

El primer contacto con los romanos debió de tener lugar hacia el año 193 a.C., en la campaña del general Marco Fulvio Nobilior. Cerca de Toletum el pretor hizo huir en desbandada a un ejército formado por carpetanos, vacceos y vetones. Los romanos reconstruyeron la antigua cabeza de la Carpetania e, incorporada a la provincia Cartaginense, aparecería en las fuentes clásicas, definida, por ejemplo, por Tito Livio como *"ciudad pequeña pero en lugar fortificado".*

En estos años, llegaron a los castros vetones objetos romanos como vajillas para el consumo del vino y del aceite, piezas que nos hablan del tráfico

comercial a larga distancia y del auge experimentado por las producciones de hierro y las fundiciones de bronce autóctonas. En el año 61 a.C., Julio César fue nombrado gobernador de la Hispania Ulterior y, con el pretexto de erradicar las rapiñas de vetones y lusitanos, las acciones militares entre el Duero y el Tajo obligarían a los habitantes a dejar los recintos amurallados y bajarse al llano.



Cerámica que representa a un caballero vetón

Esta decisión modificó notablemente la organización del territorio si bien, en el abandono de los poblados, no se registraron incidentes belicosos. Algunos grupos siguieron funcionando como núcleos parvos y otros buscaron mejores lugares de asentamiento de acuerdo con los

intereses romanos, valorando los recursos agrícolas, ganaderos y mineros. La fundación en el año 43 a.C. de Norba Caesarina, actual Cáceres, se relaciona con la retirada del castro de Villasviejas por estar lejos de las vías de comunicación, en un intento de conseguir una buena posición estratégica con respecto a la Vía de la Plata.

El silencio de las fuentes parece corroborar que este grupo étnico fue uno de los más pacíficos con los que se encontró Roma.

La estela de Guisando en las gestas y en las letras

En el ocaso del Medievo, el 18 de septiembre de 1468, bajo los auspicios del intrigante marqués de Villena, el conjunto berroqueño presenció el acuerdo firmado entre Enrique IV de Castilla y la futura reina Isabel la Católica. Dos meses después de la muerte del infante Alfonso, en virtud del que fue denominado como Tratado de los Toros de Guisando,

Enrique IV aceptaba la proclamación de su hermanastra como princesa de Asturias y, con ello, sancionaba su status de heredera del trono. No obstante, el matrimonio de Isabel con Fernando el Católico daría al traste con la negociación y Enrique, contrariado por el enlace, reconocería nuevamente los derechos de su hija Juana en la ceremonia de la Val de Lozoya el 25 de noviembre de 1470.

El recuerdo de los toros de Guisando ha sido un tema recurrente en la literatura. Miguel de Cervantes los mencionó en el repaso que el Caballero del Bosque hizo a Don Quijote de los muchos trabajos que desarrollaba para contentar a su enamorada Casildea de Vandalia: *“Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y, sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y a raya, porque en*

más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros (…) Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo".

En 1934 Federico García Lorca evocó la emblemática identidad de esta monumental vacada en *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, una de las elegías más sentidas de la voz española:

"… Y los toros de Guisando,

casi muerte y casi piedra,

mugieron como dos siglos

hartos de pisar la tierra".